

rrarse él con todos los que pudo armar, dentro de la Ciudadela, en actitud de guerra. Mandó hacer salva de honor á la entrada del Presidente, como también la mandó hacer después, al tiempo de su salida; y sin embargo, tenía abocados los cañones contra las fuerzas del gobierno.

— ¡Bandido! gritó Guillermo enseñando los puños; ¿quién va á creer en su mentida sumisión? Es como la gatita de Sor Ángela: por delante halaga y por detrás araña. La noche que permanecimos en Monterrey hizo correr la voz de que atacábamos la Ciudadela é inventó una algarada en que menudearon los mueras contra Juárez y contra el gobierno.

— Y anunció que si el gobierno no hacía salir sus tropas, él se vería obligado á hacerlas salir por la fuerza al siguiente día.

— Pero pronto terminarán los bríos de este mamarracho: Coahuila quedará separado de Nuevo León.

— Cuando vió salir las fuerzas creyó que había triunfado y se las prometió felices: mandó preguntar al señor Juárez si podía recibirle y llegó fingiendo sumisión. Luego que supo que el gobierno salía de Monterrey, pidió no se diera un paso que podía traer consecuencias.

— Ningunas por parte del gobierno; lo que deseo es que no las haya aquí; nos enfriaremos, calmarán los ánimos y volveré, contestó el señor Juárez...



CAPÍTULO VIII

Monterrey

I

BIEN dijo quien dijo que Júpiter enloquece á aquel á quien desea perder. Vidaurri, que se las echaba de listo, de zorro, de agudo, de hombre que sentía crecer la hierba, á la hora que quiso poner en acción su diplomacia sutil y maquiavélica hizo lo que muchos otros que quisieron establecer componendas entre la verdad y la mentira, entre el diablo y San Miguel, entre Orzmud y Arimanes.

Se encontró solo, sin el gobierno de Juárez, sin la presión de la camarilla, sin el temor de que los mexicanetes se comieran en salsa verde al Estado de Nuevo León y se puso á respirar á pulmón pleno. Y entonces se le ocurrió, para justificar, cohonestar y dar cariz de cosa excelente á la traición que premeditaba, se le ocurrió, digo, el arbi-

trio más peregrino que podía imaginar cabeza de tintorillo soberbio.

Se entendió con el mariscal Bazaine para que le dirigiera una carta mitad conminatoria, mitad adulatoria, excitándole para que, en un plazo breve, se pusiera á sus órdenes ó se declarara resueltamente hostil. Como el romano, declaró que llevaba en sus manos la paz ó la guerra, y puso á Vidaurri á elegir lo que le conviniera mejor.

Fingía el hombre encontrarse en gran perplejidad, y no encontrando manera de decidirse por ningún extremo, ocurrió al más curioso arbitrio que se podía imaginar: rehusaba tomar sobre sus hombros resolución tan grave como la que le indicaba Bazaine, y ocurría al pueblo pidiéndole que él mismo decidiera.

«Bien claro, decía don Santiago, es lo que importa la
»intimación que se hace: *en una mano os ofrezco la paz y
»en la otra la guerra; si aceptáis lo primero debéis adheriros
»francamente á la intervención reconociendo al gobierno esta-
»blecido en México: si, por el contrario, os decidís por lo se-
»gundo, debéis sufrir todas las calamidades que trae consigo
»la guerra y que pueden sobrevenir de ella.*

»La contestación del gobierno, continuaba el astuto
»huizachero, no puede ser más fundada: *no tengo la facul-
»tad suficiente para resolver la adopción de uno de los dos
»extremos que me proponéis, y como siempre se ha hecho en*

»*las cuestiones vitales, voy á someter á la resolución del pue-
»blo la que me proponéis, y su resultado os será transmitido
»tan luego como se obtenga.»*

Y entraba luego en la reglamentación de su idea llamando á votar á todos los ciudadanos á fin de que se decidieran por la paz ó la guerra, estableciendo también una minuciosa especificación de lo que acarrearía aquel plebiscito único en su especie.

Pero Juárez y el Estado de Nuevo León no encontraron bien aquella añagaza tan ingeniosa, y determinaron el uno declarar á Vidaurri reo de alta traición, y el otro rebelarse en masa contra la tal votación y sus consecuencias. Vidaurri, viendo el fracaso de las negociaciones, salió el 26 de Marzo del 65 para Presidio del Norte, dejando á Monterrey libre para que le ocuparan los enemigos.

II

No hay cómo describir el entusiasmo de los nuevo-leonenses al recibir en su ciudad á Juárez y á los suyos. El Ayuntamiento, como representante del lugar, y en pos de los ediles muchísimos particulares y pueblo, esperaron al gobierno en las afueras de Monterrey ó fueron á recibirle hasta Santa Catarina; á la entrada se dijeron discursos y se celebró la feliz llegada de los inmigrantes.

El cuatro de Abril, si no fallan los recuerdos de Brambila, es decir, dos días después de la entrada, la ciudad ofreció un baile á los recién llegados, y allí se hizo gala del cariño, la admiración y el respeto que se abrigaba por los que habían dejado regalo y comodidades por



MONTERREY. — ANTIGUO OBISPADO

andar á salto de mata. Las niñas más guapas, los manebos más galanes, los caballeros más ricos y más conocidos cortejaron y atendieron con singular esmero á Juárez, á su familia, á los ministros y hasta á la gente de inferior categoría, quedando todos tan satisfechos, que sin vacilación comprendieron que la pasada hostilidad se debía al temor que inspiraba el famoso *Cíbolo de la fron-*

tera, como solía llamarse á Vidaurri en los felices tiempos del *Omnibus* y del *Universal*.

El cinco de Mayo se celebró la fecha gloriosa con una tanda de discursos, poesías y aclamaciones patrióticas que causaron el entusiasmo consiguiente. Guillermo Prieto dijo aquellos famosos versos que empiezan:

¡A qué distancia me arrojó el destino
Para cantar tus glorias, patria mía!

Juan de Dios Arias declamó con primor una tirada cuyos primorosos renglones decían:

Hay un mandato, obsequio soberano,
Que castiga con muerte ó con picota
A todo aquel que, digno mexicano,
No incline la cerviz ante el tirano
Y que se muestre honrado y fiel patriota.

El licenciado Caballero, Promotor del Tribunal del Circuito, leyó el parte de la batalla glosándole con citas oportunas y con oportunísimas observaciones, y Julián Montiel dijo aquella valentísima oda de Juan Valle:

Por siete veces gloria, patria mía,
Por siete veces mengua, intrusa Francia.

Pero pasó aquel primer momento y pasaron también los entusiasmos y el jolgorio. Y el gobierno no pagaba, el gobierno vivía á la cuarta pregunta, el gobierno estaba en quiebra y, lo que era peor, el gobierno no tenía tra-

zas de mejorar su situación aunque le ayudaran padres descalzos.

Comenzaron á emigrar algunos que se apoyaban en el decreto que disminuía más aún las plantas y los sueldos de los ministerios, mientras otros se arrimaban resueltamente al Imperio y entonaban un *mea culpa* fervoroso por haberse metido en libros de caballerías, siguiendo á un gobierno más tronado que Judas el domingo de Resurrección.

Por entonces Brambila pudo hablar extensamente con don José María Iglesias, el ministro de la poca justicia y de la desmedrada hacienda que poseía Juárez, y el escribiente del correo se quedó prendadísimo de aquel entendimiento claro como un diamante, de aquella memoria precisa como una saeta que va á su sitio, de aquella instrucción extensa como un gran valle y profunda como un misterio, y sobre todo, de aquella bondad que hacía aparecer el alma de Iglesias como si fuera un lago tranquilo, siempre limpio, siempre unido, siempre espejeante y mostrando en su fondo las guijas diamantinas y los veneros de que fluían aguas vivas.

Iglesias apenas pasaba de los cuarenta, y por tanto se encontraba en todo el vigor de la edad. Era ligeramente moreno, de grandes ojos que tapaban gruesos espejuelos, de mirada plácida, de nariz basta y de frente prolongada por la calvicie. Vestía con pulcritud aunque sin nimie-

dad, llevaba toda la barba y hablaba con reposo, como si pesara y midiera cada palabra que salía de su boca.

Pepe se pasaba las horas muertas escuchando á Iglesias, que con Guillermo, Lerdo, Urquidi y otros sujetos iba á la botica de Garza García, situada en la plaza principal de Monterrey.

Pero otras veces gustaba de juntarse con los muchachos de la población, que encabezaba el pianista Siliceo, alegrador de corrillos y excelente para quitar murrias. De él dijo Prieto, precisamente por esos días venturosos:

Don Agustín Siliceo,
Que no conoce la curia
Cuando á la patria se injuria
Y que es diestro en el tecleo,
Se acoge á mi solideo
Y ofrece á la población
Por una onza, dar lección
De música (ó más barato)...
Da informes en su curato
El Cura de Tamajón...

III

¿Y qué cura era éste, me diréis, que aparece de modo tan inopinado y que se ocupaba en poner versos para anunciar á los pianistas?

El Cura de Tamajón fué nada menos que el sucesor de *La Chinaca* y *El Monarca*, y el órgano que tuvo Prieto

para decir injurias á todo bicho muerto ó vivo que estuviera contaminado de traición.

El Cura de Tamajón es la sarta más grande de insultos, justicias, murmuraciones, picardías, falsos testimonios, verdades sabidas y tonterías reconocidas que haya salido en épocas de lucha. Allí no se respetaba ni á las arcaicas damas de honor, ni á las chiquillas graciosas que arrojaban retratos de Juárez á las turbas, ni á los generales que se adherían al Imperio regurgitando todavía la pitanza republicana, ni á los obispos que creían volver al goce de sus casitas, ni á los empleados serviles, ni á la honra de las familias: allí todo el mundo tenía su sambenito; si no le cabía cómodamente se le introducía á la fuerza, y á vivir.

Un periódico nuevo, escrito en verso, por un literato de punta, tenía que provocar comentarios en Monterrey, tierra pacífica en que, aparte del *Boletín vidaurresco* y de algún otro papasal sin importancia, la prensa era punto menos que desconocida.

Desde el programa, editorial, artículo de fondo ó á *nuestros lectores*, el público se rió viendo la mar de chiste en aquel engendro recién aparecido.

Ha resucitado un muerto
Que al echarle en el cajón

CORO. *Con el salchichón*
 Con el salchichón.

Oyó cantar á unas chicas
El Cura de Tamajón.

CORO. *Con el salchichón*
 Con el salchichón,
 Diga usted que sí
 Diga usted que no.
 Diga usted que sí
 Como digo yo:
 Con el salchichón
 Con el salchichón...

Pero quien tuvo un disgusto con el Cura fué alguien que desde las primeras líneas se consideró atacado por el valiente sacerdote. En las condiciones decía el periódico: *Las suscripciones se reciben en la Casa de Correos y en la casa del Diablo*; y como Prieto vivía en la casa de don Francisco Villarreal, á quien sus paisanos llamaban el *Diablo*, éste, enojado como el demonio de su nombre, cometió la sandez de demandar á Guillermo, citándole á juicio de conciliación ante un juzgado. Lo cual sirvió para que Prieto se riera un poco á costa del bilioso arrendador y dijera ante la presencia judicial ciertos equivoquillos que pusieron al diablo más endiablado que nunca.

En aquel año el calor fué tremendo: la luz entraba muy de mañana por puertas y balcones, como si tuviera consigo corpúsculos caloríficos que la hicieran ingrata y desapacible. El sol asomaba su pupila roja, de cíclope irritado, de incendiario que avanzaba quemando con su tea la grama de los campos y calcinando el empedrado de las ciudades. De nada valían baños fríos ni calientes, bebidas heladas ni ropa ligera: se sudaba por la mañana,

se sudaba á mediodía, se sudaba por la tarde, se sudaba por la noche y dormido se seguía sudando: las gentes parecían botellones de Guadalajara, rezumando humedad por todos los poros.

Guillermo Prieto, que solía burlarse de las conveniencias sociales y que ante todo buscaba su comodidad, andaba por las calles como perro del mal, con la lengua de fuera, babeando, sudosa la cara y con la más curiosa indumentaria que vieron humanos ojos. Solía traer (mas siempre en la mano, nunca en la cabeza) sombrero de soyate ó casco de cuero de los que usa la infantería inglesa; saco de *pongée* de seda colgado al hombro, camiseta de seda abierta en dirección del pecho peludo y no muy limpio, pantalones de dril mostrando el carcañal y zapatos bajos de gamuza.

Una tarde llegó á la botica, mandó preparar un vaso de agua gaseosa helada que solía beber en unión de Iglesias, se abanicó un buen rato, bebió sorbitos de agua y, requiriendo un trozo de papel de estraza, comenzó á escribir con una pluma de puntos torcidos.

— Señor, dijo Brambila, espere usted que voy á traer papel y pluma que convengan.

— Aquí, aquí, que no aguarda el impresor.

— Pues escribiré yo, señor.

— Bueno, está bien; escriba entonces lo que voy á decirle... ¡Qué demonio! Nada se me ocurre. De traidores,

viejas bribonas, militares desleales, adjudicatarios acomodaticios y demás gentualla está lleno el número... ¡Ah! mire usted; — y señaló un par de descamisados con las piernas y los bustos al aire, luciendo unos cuantos harapos por vía de camisa y de calzoncillos y con las mechas sobre la cara á guisa de endemoniados. En un palo que llevaban en los hombros iba un barril que se conocía pesaba enormemente, pues sólo con gran esfuerzo lograban levantarlo. — ¡Ya encontré! espere usted, que de eso sale una gacetilla... (Dictando):

Es un palo, es un barril
Que llevan dos infelices
Verdugos de las narices
En un paseo incivil.

Llaman *caballo* al residuo
Que sale de la prisión,
Pero es una maldición
Para cualquier individuo.

Es la fiebre, es el mareo
De los mismos alguaciles.
¡Vaya un chiste de candiles,
Vaya un chiste de paseo!

¡Y que nuestra condición
Quiere un tributo tan perro!
¿Por qué se lanza al destierro
En punto de la oración?
Benítez, si me comprendes
Y ves por nuestra fortuna,
Haz que entre las doce y una
Salgan ahuyentando duendes.
Si no mandaré con flato
Un cólico á la prisión

Para vengar el olfato
Del Cura de Tamajón.

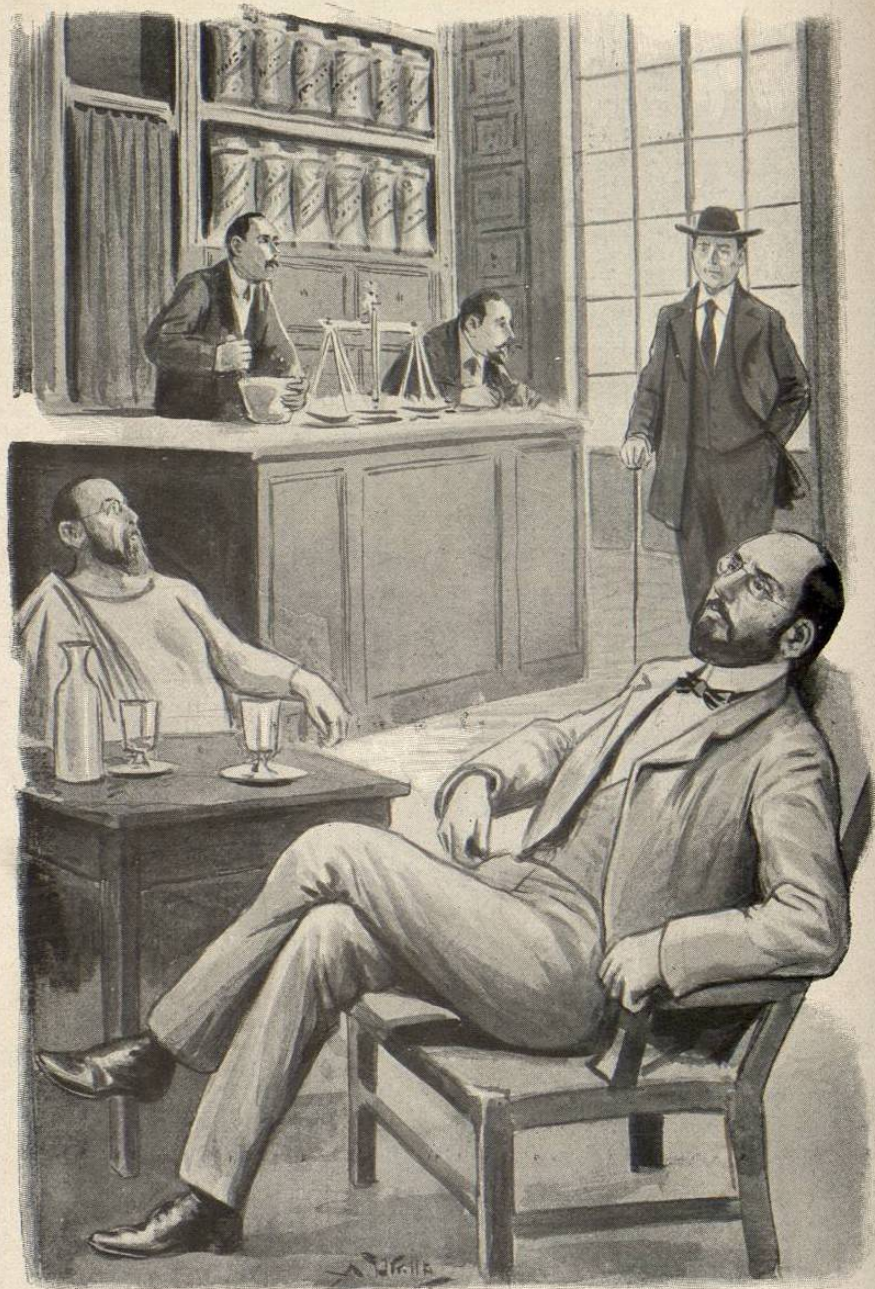
Pero no fué á Roma por la respuesta: un tal Garibay, atacado de provincialismo agudo, salió á defender á su tierra, cuyo honor creía que radicaba en aquel armatoste fétido y horrible. *La Opinión*, como se llamaba el periódico de Garibay, acometió á Prieto demostrándole que Monterrey olía bien porque México olía mal. *Fidel* le respondió con una moderación de que entonces dió muestras muy escasas:

Pues huele México mal
Y la disculpa es aquí,
Que huela México así,
Pequé como un animal.
 Cuando á México imitares.
Endilguense tus deseos
A sus calles y paseos,
Pero no á sus muladares.

IV

Un día de esos llegó á la botica (en que ya estaban instalados Iglesias y Prieto apurando tragos del efímero refresco) un sujeto de regular estatura, metido en carnes, completamente rasurado y vestido con modesto traje de dril y zapatos de gamuza. En aquel sol, capaz de derretirle los sesos á quien tuviera el cráneo más duro, con aquel calor que licuaba las piedras y hacía sudar á los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
140 1625 MONTERREY, MEXICO



— Santas y buenas noches, señores, dijo el lector dando la mano...

muros, el cristiano aquel venía leyendo un librito que se echó á la faltriquera cuando divisó á la concurrencia.

— Santas y buenas noches, señores, dijo el lector dando la mano á los presentes.

— ¡Gonzalitos! gritó Guillermo.

— ¡Señor González! dijo Iglesias.

— ¡Gonzalitos! exclamaron los dependientes de la farmacia.

Se acercó el sujeto aclamado, que por cierto olía pronunciadamente á almizcle, y luego de sentarse empezó á contestar las preguntas que le dirigían de todas partes.

— Gonzalitos, ¿qué es la flor de náuclea?

— Es la figura que hacen las aguas al abrir paso á un cuerpo duro, respondió el interpelado sin vacilar.

— Y ¿qué es privilegio rodado? interrogó Iglesias.

— Qué ¿no es aquel que estableció don Fernando I, en 1038 ó cosa así? Me parece que se llamaba rodado porque...

— Bien, bien, está usted al cabo de todo.

— Díganos usted algo sobre los apuros de Fr. Juan de Larios.

— ¡Ah, sí! cuando los tobosos y los corales jugaron la vida del pobrecito padre en un juego de pelota...

— ¿Dónde queda Rénaís?

— ¡En Bélgica, criatura!

Pero cuando dejó maravillados á todos fué al oírle